

Roger Money-Kyrle: **Sobre el miedo a la locura** (1969)¹

La mayor parte de las personas temen el contacto con los locos y esto ha influenciado el deseo pasado, y a veces presente, de encerrarlos donde puedan ser, en lo posible, olvidados. Sin embargo algunas culturas primitivas los han considerado particularmente sabios o sacros, y hasta naciones civilizadas algunas veces los han elegido como jefes.

Esta relación ambivalente puede ser explicada desde un punto de vista psicoanalítico con la hipótesis de que siempre hay una parte loca del *self* –aunque en grado diverso en distintos individuos- que las personas verdaderamente locas pueden fácilmente mostrar. Además, la parte loca es a menudo vivida como más potente que la sana. Puede ser expulsada por medio de una proyección, como su representación externa puede ser desterrada en una institución psiquiátrica; y quizás a veces puede sucumbir por una mezcla de temor y deseo de compartir su poder.

Teniendo presente estas consideraciones generales, puede ser interesante examinar el sueño de un paciente que se había turbado con el contacto real con un amigo afectado por un episodio psicótico.

El soñante se da cuenta con preocupación que *una pareja de iguanas pequeñas o salamandra estaban nidificando muy cerca. Su prole serían víboras que se desparramarían por todos lados y amenazando todo. Primero el nido era visible a través de la ventana de la derecha, sobre un árbol. Un amigo se estaba preparando para disparar a la pareja; era de vital importancia que ambos fueran destruidos de un golpe porque si sólo hubieran sido heridos se habrían dispersado en muchos lugares desconocidos y habría aumentado fatalmente el peligro. Pero, con gran desagrado del amigo, el soñante lo detiene y pide a otro amigo, que era médico, que lo haga. En ese momento el nido era apenas visible debajo a través de la ventana izquierda. Entonces hubo una visión próxima del nido. Las iguanas o salamandras parecían dos grandes babosas dobladas ligeramente la una hacia la otra. Apenas se movían o temblaban de una manera aterradoramente, difícil de describir. El horror aumentaba por el antinatural color azul intenso y púrpura, aunque el color se desvanecía tan rápidamente del recuerdo del soñante que no podía recordarlo claramente. Mientras el médico hacía sus preparativos, el soñante se retiró a una habitación donde había niños y cerró la puerta, aparentemente para proteger a los*

¹ “On the Fear of Insanity”, *The Collected Papers of Roger Money-Kyrle*, edited by Donald Meltzer, Clunie Press, Scotland, 1978, 434-441. Traductor: Carlos Tabbia

niños, pero en realidad era porque él estaba aterrorizado. Mientras tanto el doctor pone papel y pólvora sobre los monstruos y lo enciende. Ellos se enroscaron un poco, se entumecieron y parecían completamente inofensivos. Pero, por un instante, aparece entre las llamas un perrito de lata que tiembla antes de desaparecer, lo que conmovía.

El soñante no se despertó asustado sino triste.

Sus asociaciones condujeron en direcciones divergentes, al comienzo muy confuso. Resumiéndolo, las ordenaré un poco para dar una mayor coherencia respecto a los temas dominantes implicados, espero sin distorsionar mucho el significado. (Omitiré algunos elementos, como los dos amigos, su modo diverso de afrontar la situación y el hecho de que tuvieran la función transferencial de representarme como analista, en tanto no pertinentes inmediatamente a mi tema principal).

Los monstruos, o mejor el modo horrible en que se movían, como si apenas pudieran ser capaces de hacerlo, le recordaba al paciente que una vez había visto un insecto (la larva de una mosca) que vive justo debajo de la superficie de los campos de trigo, del que se alimenta, y que es matada por el arsénico arrojado sobre el trigo para eliminarla. Lo mismo le sucede a las ratones o ratas que comen las larvas, a los halcones que comen los ratones o ratas y alguna vez hasta a los zorros que comen a los halcones moribundos. En otras palabras, ellos estaban ligados a un proceso destructivo de progresivo exterminio.

Una segunda asociación era un cuento fantástico en los que enormes cerebros inmóviles semi sepultados en la arena de un lejano planeta moribundo se estaban 'asociando' para controlar la Tierra aunque estaba la espantosa duda si era para beneficio de la Tierra o de ellos. Esto llevó a una asociación con los cerebros pélvicos secundarios de ciertos dinosaurios.

La noción de un cerebro con sus dos hemisferios en el culo que está intentando controlar para dominar todo sugiere una escisión, la parte loca del *self* que está buscando dominar la parte sana. El objetivo es fantásticamente maligno. Estos hemisferios que están copulando para producir una horda de víboras tienen un objetivo que es exactamente lo opuesto de una normal pareja de padres: su fin no es crear vida sino la muerte universal. No sorprende que el Yo sano estuviera alarmado.

Pero otras asociaciones introdujeron un elemento depresivo más que persecutorio. Los colores azul y púrpura –el aspecto más terrorífico del sueño- sugerían contusiones y heridas más graves, quizás al pecho, tal vez a los pezones, quizás a los padres que

estaban copulando. En otras palabras, también los monstruos eran en cierto sentido objetos heridos. En este momento el paciente recuperó un recuerdo olvidado de perritos recién nacidos que había visto por primera vez cuando tenía alrededor de cuatro años, que en el aspecto y en el modo de moverse eran bastante parecidos a los monstruos del sueño. Creía también haber visto, con curiosidad más que con angustia, ahogar cachorros o gatitos no deseados. De aquí la aparición del perro –un perro grande que había sido una especie de nodriza para él- presumiblemente para llorar por sus cachorros.

Por eso, si los monstruos representaban los hemisferios de un cerebro-culo loco, maligno, que copulan (como padres diabólicos) para producir destrucción, esto es también el cerebro de un niño que en tanto tal merece compasión, un aspecto del *self* infantil del soñante (y secundariamente de un hermano).

Se debería decir que la locura del amigo que tuvo el brote psicótico no tenía ninguna semejanza pormenorizada con la ‘maldad’ de los monstruos del sueño. Él quería en realidad que sus alucinaciones fueran creídas, y en este sentido era considerado peligroso para la salud mental para aquellos que entraban en contacto con él; había un elemento en común entre él y el soñante, porque sus alucinaciones incluían el miedo paranoide de potentes enemigos secretos. Pero, aunque el sentido de la amenaza y la percepción inconsciente de esta semejanza hayan favorecido sin duda el sueño, es casi seguro que el cerebro-niño loco y maligno fuera una parte escindida del soñante. Todo ello en una persona por otra parte relativamente normal.

Si como he dicho al principio, esta parte loca existe en cada uno, aunque en grados diversos, surge el problema del por qué debe ser así. Conocemos muchas más cosas que antes sobre la intolerancia de la realidad que condiciona la fuga en la psicosis y sus mecanismos que allí operan, como la excesiva identificación proyectiva. Y me refiero en particular a los trabajos de Bion, Rosenfeld, H. Segal y otros que han seguido lo que había primeramente sugerido M. Klein. Pero tal vez podemos aprender alguna cosa dando vuelta la pregunta y preguntarnos en cambio cómo sucede que una parte cualquiera de la mente deviene sana. Dicen que Eder² dijo: ‘Nacemos locos, desarrollamos una conciencia y devenimos infelices, luego morimos’. Aunque se trata de una visión deprimida de la vida, la primera parte me parece seguramente verdadera. Sea que la mente infantil no esté

² Montague David Eder (1865-1936) psicoanalista, físico y escritor inglés. Promovió el psicoanálisis en el Reino Unido. [Nota del traductor].

completamente integrada al nacer, sea que se desintegre con el shock del nacimiento, ninguno puede dudar que el niño recién nacido esté en un estado de caos. Y el caos deviene fácilmente una persecución. Por eso, la salud mental no es algo con lo cual nacemos sino que es algo que adquirimos fatigosamente por grados. Creo que el proceso comience con el primer contacto con el pecho o el pezón, de quien tenemos seguramente una preconcepción innata. El concepto que resulta, desarrollado desde la experiencia concreta de introyectar al primer objeto bueno, es algo real (no fantástico); a través de un proceso de división e integración de este primer concepto (proceso que en las fases iniciales está predeterminado instintivamente) se construye gradualmente un sistema conceptual para representar el mundo real y el correspondiente interno. El mito de Dios que crea el mundo desde el caos puede ser considerado una descripción fantasiosa de este proceso, que he intentado describir en términos menos brillantes pero más científicos en un estudio precedente³.

Pero el mundo sano no absorbe nunca completamente el mundo caótico. Quizás no haya más que una sólida isla de salud mental en el mar del caos que continúa existiendo inconscientemente.

Mientras tanto, la parte caótica que no ha estado sometida por el contacto con la realidad (en particular, una percepción real del pecho) parece continuar con su macabro desarrollo. Supongo que esto consista, en el inicio, en las preconcepciones innatas unidas a las potenciales respuestas afectiva y volitiva a ellas; y aquí parecen predominar preconcepciones terroríficas e impulsos destructivos. Sin embargo no copulan de manera normal con las percepciones reales para formar conceptos realistas. Pero esto no implica que ellas no se desarrollen. Quizás son capaces de producir primitivas alucinaciones con lo que pueden copular para formar varios tipos de concepciones erróneas [*misconception*]. Al menos, simultáneamente con el desarrollo de un *self* sano en un mundo sano, pienso que siempre hay, en diversos grados, el desarrollo de un *self* loco en un mundo loco de su propia creación.

Además, la parte loca es experimentada como un enemigo aterrador cuyo fin es robar a la parte sana de su salud mental y coger su sitio.

Si el objetivo principal de la parte loca del *self* es verdaderamente sustituir y dominar a la parte sana, la estructura de las relaciones entre las dos es similar a la estructura interna descrita por Meltzer⁴ tal como operan en las adicciones y en las perversiones, salvo que

³ “Desarrollo cognitivo” (1968)

⁴ “Terror, persecución y pavor”, en *Estados sexuales de la mente*.

las partes adictas o pervertidas no son conscientemente temidas pero sucumben, porque parecen ofrecer protección contra una particular forma de ansiedad persecutoria.

Considerando ante todo las semejanzas, supongo que la 'asociación', que yo supongo con Meltzer, es común a todas sea una reacción defensiva a una amenaza que surge en la infancia del desarrollo de una parte sana o normal del *self*. Las partes locas, perversas, adictas, que hasta ahora han dominado inmutables, deben comenzar a sospechar que el sentido común, aunque sea limitado en su campo de acción y restringido en su aplicación, es superior a la omnipotente, y generalmente destructiva, fantasía; que la comida y la bebida sana (originalmente la leche materna) son superiores a las drogas (originalmente quizás el orín y las heces destructivas del bebe); que la sexualidad normal es superior a las perversiones, que no pueden alcanzar la innata meta de la reproducción. Pero la emoción que estas partes del *self* más primitivas, arrogantes y envidiosas no pueden mínimamente tolerar es el sentimiento de inferioridad. Fuerzas enormes emergen para convertir, pervertir o anular las partes sanas o normales de las que proviene la amenaza. La meta no se alcanza sólo con la conquista de otras partes del *self*, sino con las tentativas de conquistar otras personas. El psicótico, el adicto y el pervertido, todos muestran, en diferentes niveles, un celoso proselitismo.

En cuanto a las diferencias entre las tres condiciones, me parecen representar diversas combinaciones de los mismos elementos; por este motivo las psicosis, las adicciones y las perversiones son a veces intercambiables. Una dificultad para obtener un cuadro claro de la estructura interna de cada una de ellas parece residir en la capacidad de la parte escindida del *self* para sufrir una metamorfosis mientras es analizada. Por ejemplo, el mismo paciente, tiempo después (cuando su amigo psicótico se había recuperado pero estaba ligeramente maníaco) durante un sueño largo '*aceptó subir al carro conducido por un hombre alto en traje de caza que estaba conduciendo una especie de carro tirado por dos gruesos caballos blancos, caballos que en cierto momento parecían tener débiles señales púrpuras*'. Esas señales le recordaron el azul y púrpura de los monstruos del sueño precedente. Claramente el soñante era ahora una especie de Patroclo⁵ respecto a un padre Aquiles (o hermano mayor) que destrozó a sus enemigos y que, de las señales sobre los caballos, presumiblemente golpeó a su

⁵En la mitología griega, Patroclo es uno de los héroes griegos de la guerra de Troya, descrita principalmente en la *Ilíada*. Su padre fue Menecio. [Nota del traductor].

esposa (la madre del soñante). Si confrontamos este sueño con el precedente, en el primero, perseguidor y perseguido parecen unidos en la figura de monstruos azules y púrpura, mientras que en el segundo están separados en el cazador sádico, o conductor del carro, y en los caballos con las señales púrpura.

Además, si el segundo sueño tiene la estructura de una perversión sádica (padre fálico e hijo unidos contra la madre y probablemente contra los otros hijos), tengo la impresión de que el primero tenga en sí las semillas latentes de una perversión masoquista.

Consideremos el rol del primer amigo que acudió en ayuda, que estaba por disparar a los monstruos cuando estaban 'en lo alto a la derecha'. Los monstruos, se recordará, eran la parte loca del *self* representada como pareja copulante que genera víboras, y eran 'cerebros pélvicos', situados en el culo, reconocibles de hecho como heces persecutorias. Y cuando estaban 'arriba'⁶ eran inaccesibles a las fuerzas externas. Entonces, ¿cómo se los debería tratar? A mi manera de ver, con una homosexualidad pasiva, compulsiva y masoquista, cuyo objetivo primario no era la satisfacción erótica sino la destrucción de los perseguidores internos por medio de una relación sexual sádica, una desesperada terapia breve para la psicosis que habría devenido compulsivamente repetitiva. (En efecto el paciente no había sido nunca abiertamente homosexual, ni en modo activo ni pasivo pero era evidente que ambas condiciones estaban latentes en él). En el sueño sin embargo esta solución fue rechazada, con gran rabia del amigo –en definitiva una parte homosexual sádica del *self*- porque algunos indicios de la real naturaleza fecal de los perseguidores los llevaban 'abajo' y accesibles para un más apropiado tratamiento con 'papel y pólvora'. Vale la pena notar que, del momento en que los monstruos estaban también asociados con una parte infantil del *self* y con hermanos rivales muertos (los perritos ahogados), los perseguidores que el primer socorrista quería matar incluían los fantasmas que, según Meltzer, son el objeto del terror extremo.

Para completar la investigación podemos imaginar el efecto de otros leves cambios en los elementos. Por ejemplo, una regresión de la fase anal a la oral podría haber transformado la perversión homosexual en una drogadicción dirigida a destruir a los perseguidores internos, esta vez con el veneno. O aún, en el segundo sueño, si el cazador sádico no se hubiera aliado con el soñante contra su madre (y sus niños, porque el carro de guerra

⁶ Probablemente hay una referencia a la 'luna llena', cuando comúnmente se afirma que la locura sea su culmen.

implica una multitud de enemigos) pero la hubiese protegido a ella y a ellos de él, él se hubiera transformado en una forma familiar de superyó paterno.

Parecería que a través de una separación y recombinación de los elementos que componen un objeto interno escindido, esto pueda aparecer en un momento como parte loca omnipotentemente destructiva del *self*, en otro momento como un líder guerrero con inclinaciones sádicas, o aún como un superyó arcaico que reprime el sadismo del yo por medio del propio, que adquiere directamente del ello.

Las diferencias prácticas son de cualquier modo notables. El tirano loco no ofrece otra cosa que destrucción universal y (en caso de no ser psicoanalizado) puede ser tratado sólo con remedios desesperados: perversiones autodestructivas o adicción. El tirano sádico ofrece a quien acepta su dominio la gloria de la guerra o de la caza. Eso puede ser mantenido mientras pueda ser negado el sentimiento de culpa acumulado. El superyó arcaico puede ser aceptable porque, castigando al yo por su destructividad, lo protege del sentimiento de culpa depresivo. Pero a través de una serie desconcertante de *patterns*, los elementos en el calidoscopio permanecen iguales.

Post-escrito de 1977:

Releyendo estas líneas, pienso hoy que lo que describía como el deseo de la persona loca de volver locos a los otros pueda ser a veces –bastante a menudo– el deseo de hacer entender a los otros el dolor y el terror de estar locos. Desde el punto de vista del observador, estos dos deseos podrían ser difíciles de distinguir. Pero si el observador es un analista y la persona loca su paciente, es de extrema importancia que se haga la correcta distinción. Otro punto es que el sueño de las iguanas o salamandra podría ser más simplemente descrito como una ‘representación errónea’ o una ‘concepción errónea’ [*misconception*] de la escena primaria, si el movimiento de estas criaturas –tan aterradoramente para el soñante– representa en efecto el movimiento del labio o de las nalgas (o a nivel de objeto total, de la pareja) en la relación sexual, sentido no para crear niños normales sino heces-víboras, no para llenar sino para destruir el mundo. En otras palabras, el sueño podría representar la transformación [*misrepresentation or misconception*] bajo la influencia del odio y la envidia de una buena relación sexual parental en su opuesto destructivo. Y esto también es el tipo del odio que atormenta a los locos.